

Pinceladas vibrantes

M A Y O 2 0 2 1



CAPILLA DE SAN JOSÉ EN EL SANTUARIO DE LORETO

Modesto Faustini 1886-90

El santuario de Loreto, es un espléndido templo situado en el monte del laurel a la orilla de la costa del Adriático en Italia, que alberga en su interior la reliquia de las santas piedras de la Casa original de la Virgen en Nazaret.

La cueva interior original se encuentra en Nazaret, mientras que los muros compuestos por sillares de piedra de la estancia adosada en el exterior, fueron trasladados como reliquia preciosa a occidente en época de las cruzadas, ante el temor de que fuera destruida.

Miembros de la familia Angeli, actuaron como auténticos ángeles, trayendo la casa a Croacia primero y después a Ancona y en 1294 a Loreto, colocándola en lo alto de una colina rodeada de laureles. Por eso, la Virgen de Loreto es considerada patrona de la aviación y se representa su pequeña imagen, tallada en un cedro libanés de los jardines del Vaticano, traída por ángeles volando.

La pequeña capilla original fue envuelta por un magnífico templo diseñado por el arquitecto Bramante en el Renacimiento. A fines del siglo XIX se reforman sus capillas, y por iniciativa del Padre Pedro de Málaga, se entregan a distintas naciones, con el fin de que las decoren con su personalidad y estilo, en alabanza a la Sagrada Familia que vivió en la santa casa de Nazaret. Así surgieron alrededor del ábside: la capilla francesa, la capilla eslava, la capilla americana, la Cúpula de la Basílica para Italia y la capilla española.

La Capilla española, se sitúa donde antiguamente estaba el coro, y se comienza a reformar en 1855, decidiendo su dedicación a San José. Será decorada con las limosnas de españoles pedidas por Pedro de Málaga para este fin. El pintor elegido para representar los cuatro frescos en honor a San José será Modesto Faustini.

El pintor Modesto Faustini nació en Brescia en 1831 y murió en 1891 en Roma. Su primer oficio que aprendió en el orfanato de Brescia, fue el de carpintero, pero gracias a una beca, pudo iniciarse en los rudimentos de la pintura en la Academia Brera de Milán.

La influencia de los prerrafaelitas, fundados en Inglaterra en 1848 fue inevitable en esta generación de pintores. Inspirados en la pintura de Rafael, fascinados por su idea de la Edad Media y hastiados del manierismo de la pintura de su época, propugnaron expresar ideas auténticas y sinceras, basándose en la naturaleza, escogiendo un lenguaje sincero, emocionante, con colorido brillante y detallismo en las formas, lo más perfecto y clásico posible.

La pintura de Faustini, no siendo prerrafaelita, recibe influencias en el eco de la pureza de línea y formas propio del Renacimiento rafaelesco, en los tratamientos del color, con combinaciones inusuales y tonos planos y puros, en la autenticidad de las figuras y el mensaje...

Su obra está dedicada mayoritariamente a temas religiosos: San Francisco de Asís, Los amores de los ángeles, las santas Cecilia, Catherine y Lucía. Viajó a América y llegó a pintar en la Capilla Pacheco de Buenos Aires.

Para esta Capilla del Santuario de Loreto, con el fin de ensalzar la figura de San José, diseñó 4 grandes escenas, que recorren momentos claves de su vida:

SUEÑO DE SAN JOSÉ

La Aparición del Ángel a José en sueños, es el asunto con el que arranca el ciclo de esta capilla. El primer gran momento del evangelio en la vida de José: la aparición de un ángel mientras dormía, tras la Anunciación y su decisión de repudiar en secreto a María que era su mujer.

La escena se sitúa en un cortille abierto al jardín, donde la figura de José, aparece sentado sobre una banqueta, dormido con el cuerpo reclinado, y sujeta la cabeza con el brazo, sobre el banco de carpintero. Ha dejado la sierra apoyada y otras herramientas como alicates y lijas permanecen suspendidas en el muro. Es un hombre común, corriente, aunque el nimbo dorado muy acentuado y en relieve, brillará en él y en el resto de figuras para puntualizar que estamos en una casa, en un hogar, en la cotidianidad de una familia pero se trata de las personas sagradas de la Sagrada Familia.

Sobre el suelo de baldosas de barro, algunas virutas de madera dispersas, contribuyen a dar más realismo al taller, mientras que en el jardín, las flores que asoman son blancos lirios y azucenas, en clara alusión a la virginidad de José. Una hiedra trepa alrededor de la columna, agarrándose a la arquitectura, tradicional recurso utilizado por los pintores para hablar de la fidelidad a Dios. La figura del ángel en forma de joven de piel blanca y delicadas facciones aparece suspendida en el aire, arrodillado sobre una nube. Con el dedo índice de su mano derecha señala al cielo, mientras que sujeta con la mano izquierda la filacteria que contiene parte de su mensaje, del que podemos leer: "José hijo de David... María tu mujer". Mientras que se omite: "no temas tomar a..."

El espacio cubierto con bóvedas y arcos de medio punto, es claramente deudor de la pintura de Fray Angélico, donde incluso repite el detalle de la golondrina que se ha posado en la barra tenante de los arcos. Otra golondrina acude a su nido de barro próximo a alimentar a su polluelo. Es la prefigura del hogar de Nazaret que va a formar José, tras la aparición del ángel y su mensaje, ya proclamada en el salmo "hasta el gorrión ha encontrado una casa, la golondrina un nido donde colocar sus polluelos". (Salmo 84, 4)

No acaban aquí las citas destinadas a ensalzar la vida de estos esposos. Las dos palomas blancas que picotean en el suelo se nos antojan como una clara alusión a la virginidad y castidad de la relación esponsal de José y María.

José viste túnica verde arremangada y delantal de cuero típico del oficial artesano. Su figura curvada hacia el interior de la escena, se orienta hacia la derecha por donde ha de venir el mensajero divino, estableciendo así una acogida y un diálogo silencioso. Frente a la figura de José, robusta y musculosa, la del ángel, que viste túnica azul celeste sobre mangas de un granate oscuro, y se inclina en un marcado zigzag, es delgada y angulosa. José es fuerte para velar y cuidar los dos mayores tesoros del Padre: la Virgen y el niño, aunque la madurez de sus años, asoma en sus cabellos que pintan canas. El fuerte de Israel resume también en su persona, la sabiduría de los mayores.

El resumen de lo representado aparece en otra filacteria debajo de la escena, incorporada al retablo neogótico. La inscripción en latín manifiesta: “Lo que se concibe en ella es del Espíritu Santo.”

HUÍDA A EGIPTO

La larga tradición de representaciones de esta escena, convirtieron la Huida a Egipto de la Sagrada Familia, de un hecho dramático, a un episodio anecdótico y entrañable.

El pintor Murillo, en la Sevilla barroca del siglo XVII, interpretó esta escena en numerosas ocasiones, con la Virgen con el niño, montada sobre el burro de perfil y San José, convertido en un aldeano, con el zurrón, las alforjas y el sombrero, guiando la montura, sonriente, disfrutando de su familia y del viaje.

Y es que la ternura del niño que acaricia con sus dos manitas la barbilla de su madre, es irresistible y la sonrisa complacida brota en José, mientras camina y sigue, con el movimiento de su cuerpo inclinado hacia atrás, tirando de la brida del jumento.

Como en el resto de escenas, son pocos los detalles del paisaje y el entorno. El autor los ha simplificado al máximo: apenas unos cipreses, la orilla de un lago, un pueblo de casitas a lo lejos... es el camino por recorrer, donde no quiere, o no sabe detenerse, teniendo que recurrir al inconexo recurso de la cortina gris ondulante, tachonada de estrellas doradas, para cubrir parte del cielo.

Porque el protagonismo está concentrado en las figuras de José y María. Ella, dejándose acariciar por su niño, calla y reflexiona, “guardando estas cosas en su corazón”: la huida, la persecución, la espada que atravesará el alma...

Presenta rasgos idealizados: blanca piel, ojos entornados y boca menuda con el cabello recogido bajo el velo rodeado por el nimbo brillante. Él naturalista, de piel bronceada, manos con músculos y venas marcadas.

Los colores fríos se reservan para María, que ha cambiado su habitual túnica roja por un verde muy puro, y un manto azulado hacia el malva. En cambio José, en la estela de la figura murillesca, viste con ocre, naranjas y marrones y calza unas zapatillas desgastadas, que se le salen de los pies.

Es la familia, en el movimiento agotador e incansable del día a día, recorriendo caminos polvorientos, sobre el burro que baja la cerviz y se encamina como un burro hacia delante, en su trabajo de caminar y soportar el peso sobre sus lomos. Es el tránsito por esta vida donde puede haber un momento para mirar al niño, para mirar a Cristo y descubrir el misterio, la belleza

contenida, el amor derramado, el sentido de todo, y reírnos y deleitarnos y descansar en él, aunque los pies no puedan parar y sigamos caminando.

LA VIDA EN NAZARET

Una tercera escena recoge la vida cotidiana en el hogar de Nazaret, en la que José trabaja en su banco de carpintero y María enseña a rezar al niño.

De nuevo el espacio abovedado de casa renacentista italiana, que se ilumina con una ventada de vidrios emplomados, evocando el espacio litúrgico de una capilla: la familia es la Iglesia doméstica.

Todo es sencillo y humilde pero hay un espacio que desentona por su especial lujo y belleza. Se trata del trono de madera con reminiscencias medievales, enmarcado por una cortina verde, a lo spies de una pequeña alfombra con dibujos. Como en una suerte de Catedral, preside esta ceremonia la Reina del cielo, convertida en una doncella renacentista, que viste túnica de brocado azul ultramar y se envuelve en un manto blanco, como una gran capa pluvial, decorada con estrellas de oro bordadas. El trono de la Sabiduría, prefigurada por el rey sabio Salomón, es ahora ocupado por la madre de la verdadera Sabiduría que es Cristo. Pero es María la que con el libro abierto sobre su regazo, pequeño libro, más bien el Breviario de oraciones y salmos que la Biblia, toma la lección al niño, que une sus manitas en señal de oración.

Es un niño crecidito, de unos cinco años, de rubios cabellos ondulados, bajo el dorado nimbo crucífero de vivo rojo, quien, descalzo como su padre, con túnica oscura para destacar sobre el fondo, está en pie frente a su madre, aprendiendo el amor y el temor de Yaveh a través de la más sencilla piedad.

José, al fondo, vestido de esplendente túnica naranja, se destaca sobre la paleta de grises y ocres del entorno. De pie, enfrascado sobre el lugar de su trabajo, donde las virutas de madera caen como cascadas en espiral, vuelve su rostro y contempla complacido la escena. Es la vida cotidiana. Ora et labora. El padre que debe buscar el pan con el sudor de su frente y el hijo que muestra que no solo de pan vive el hombre.

MUERTE DE SAN JOSÉ

Ha llegado la hora de que el padre adoptivo de Jesús pase al Padre.

La alcoba recogida por un cortinaje alrededor del lecho se dispone en un plano inferior, tras la escalera con barandilla de sencillos listones de madera que arranca en la ventana geminada de sabor renacentista. Hay que bajar para llegar al dormitorio, hay que abajarse para recorrer el camino final de

la vejez, la enfermedad y la muerte.

Ha creado un espacio cúbico con una estudiada composición en perspectiva, a través de las líneas de las cortinas y los listones de madera del suelo, dibujados hacia el punto de fuga al fondo. La cama de madera, adornada con taraceas geométricas, es dispuesta en el centro adquiriendo todo el protagonismo. El cuerpo de José, anciano, se enmarca con las sábanas y el almohadón blanco y se cubre con una manta de un verde oliva, que empasta y armoniza con los ocre y amarillos del lecho.

Su cuerpo se presenta desnudo, enjuto, con el pecho y los brazos al descubierto. En su rostro, los ojos cerrados y la larga barba puntiaguda levantada, contribuyen a acentuar el gesto de dolor, de agonía, de último aliento. Es su expiración la que provoca el abrazo dramático de la Virgen María, que toca con sus manos sus hombros y se abalanza con el rostro desencajado. Su vestimenta adelanta el luto con la túnica negra y el velo de desposada blanco.

Jesús en pie, destacado por el mismo colorido anaranjado, envuelto en manto blanco marfil de pliegues marcados, como una columna firme esculpida, levanta su mano para bendecir y señalar el cielo, donde aparece la gloria que espera a su padre, con la misma fuerza que calmó la tempestad, que expulsó los demonios, que resucitó a Lázaro.

Según la tradición, Jesús y María estuvieron presentes en la muerte de José. Con tan magníficos intercesores, su tránsito fue el más santo de todos los que ha podido vivir un hombre mortal y convierte a San José en patrono de la buena muerte.

El cielo se ha apoderado de la estancia: una gigantesca estrella de rayos dorados inunda la parte superior. En su interior, sobre nubes acartonadas, se asoma un coro de ángeles curiosos, metiendo la cabeza unos sobre otros, uniendo sus manos en oración y asistiendo a este tránsito tan especial.

Pilar Gordillo

Delegada diocesana para la Fe y la Cultura